

HISTORIAS *con* ALMA

¡Cuéntanos un cuento!

Concurso



EL HOSPITAL CON ALMA
Pablo Tobón Uribe

efr

Historias con Alma

Cuentos ganadores y participantes
Concurso “¡Cuéntanos un Cuento!”
Versiones 2019 y 2021
Hospital Pablo Tobón Uribe

Edición y compilación por
ALEJANDRO VESGA VINCHIRA

Todos los relatos que conforman este libro fueron cedidos
gentilmente por los autores para esta edición.

Este libro se publica bajo una licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.
Se permite la distribución, copia y publicación, sin fines lucrativos y
sin realizar adaptación de las obras contenidas.



Edición, compilación y corrección de estilo:
Alejandro Vesga Vinchira
Bibliotecólogo Hospital Pablo Tobón Uribe

Diseño de cubierta: Sección Calidad de Vida y Comunicaciones

2022, Hospital Pablo Tobón Uribe

Contenido

Prólogo

Alejandro Vesga Vinchira..... 7

Jurados..... 9

Cuentos ganadores

Un viaje al planeta azul

Michelle Sepúlveda Callejas..... 13

Nocturno

Cristian Arbey Jaramillo Posada..... 18

Las aventuras de Uriel

Liliana María Restrepo Mejía..... 29

Subjetivo

Juan Carlos Torres Millán..... 42

Cuentos participantes

Las aventuras de el pobre y el rico

Emmanuel Toro Restrepo..... 45

El tiburón y el pez

Maria Camila Molina Bedoya..... 48

Salvando vidas a través de los sueños

Valentín Galeano Álvarez..... 51

La vida de Billy

Mateo Castaño Díaz..... 53

La aventura con mí violín

María José Restrepo Mejía..... 58

El monstruo del lago de Valle Escondido

Beatriz Elena Restrepo Restrepo..... 65

<i>Se olvidaron de mí</i>	
Esteban Calvo Santa.....	71
<i>A través de la ventana</i>	
Lili Johana Giraldo David.....	73
<i>La llamada</i>	
Sergio Andrés Aguirre.....	80
<i>El guayacán azul</i>	
Juan Pablo Betancur Bolívar.....	85
<i>La pinza</i>	
Sergio Andrés Aguirre.....	88
<i>La sonrisa de la Mona Lisa</i>	
Gabriela Alfonso Garcia.....	90
<i>Las siete vidas de Leo</i>	
Lili Johana Giraldo David.....	94
<i>Inolvidables</i>	
Liliana María Restrepo Mejía.....	99

Alivio

Cristian Arbey Jaramillo Posada..... 103

¡Y partieron!

Catalina Agudelo..... 107

El cronista vulgar

Carlos Alberto Carvajal Mojica..... 110

Réquiem de amor

Alfonso López Ortega..... 114

Prólogo

En el Hospital Pablo Tobón Uribe se viene realizando un concurso de cuento anualmente desde principios de la década del 2000. Sin embargo, esta es la primera vez que se han publicado las historias escritas por colaboradores y sus familiares. La intención con esta publicación es que las palabras no se pierdan, que no queden escondidas en archivos privados, y en el baúl del olvido.

Porque en las palabras se refleja el alma del autor. Las palabras se tejen en frases, las frases se unen para dar luz a imágenes, y las imágenes se entrelazan para contar historias. En estas historias están vertidas las aspiraciones, sueños, valores, actitudes y creencias de quienes han dejado volar su imaginación.

En estas historias en particular se nota el alma del Hospital. Hay historias en donde la labor del personal

de la salud se representa como un compromiso, como un sacrificio, un darse a los demás desinteresadamente. Otras historias resaltan la generosidad y la bondad del espíritu humano. Otras cuantas son aventuras, fábulas o recuerdos, divertimentos para la mente. Pero en todas se entrevé el interés del escritor por dejar algo en el lector. Un mensaje, una moraleja, una enseñanza, una sensación. Algo se quiere dejar. Y en ese algo, ahí está el alma.

Esperamos que los autores, al ver sus nombres sobre estas páginas, se sientan orgullosos de ver allí sus palabras plasmadas. Y que ese algo que querían transmitir, no se ha perdido, no ha quedado como letra muerta. Ha resurgido y ha quedado aquí para ser compartido, para ser leído y releído. Y así, muchos otros se animen y motiven a escribir, confiando que otros también los leerán. De esta manera, el alma que se refleja en las palabras brillará nuevamente.

Alejandro Vesga Vinchira

Jurados

Sandra Isabel Alzate Vanegas

Psicóloga clínica especialista en el Hospital Pablo Tobón Uribe. Psicóloga de la Universidad San Buenaventura, Especialista en Psicología Clínica de la Universidad del Norte, Magíster en Psicología Clínica de la misma Universidad, y cuenta con un Diplomado en Hermenéutica Literaria de la Corporación Colegio de Altos Estudios en Clínica Psicológica Relacional.

Alfredo Constain Franco

Médico cirujano general intensivista en el Hospital Pablo Tobón Uribe. Médico cirujano y cirujano general de la Universidad Nacional de Colombia. Especialista en Medicina Crítica y Cuidados Intensivos de la Uni-

versidad Pontificia Bolivariana. Profesor asistente del Departamento de Cirugía de la Universidad de Antioquia.

Paola Andrea Giraldo Mesa

Jefe División Gestión Humana del Hospital Pablo Tobón Uribe¹. Ingeniera Administradora de la Universidad Nacional de Colombia, y Especialista en Gestión del Talento Humano de la Fundación Universitaria CEIPA. Se ha desempeñado en otras organizaciones como ISA, Compañía de Financiamiento Tuya y Viva Air. Hace parte del comité asesor del Área Curricular de Ingeniería Administrativa, en la Universidad Nacional de Colombia.

Andrés Felipe Tamayo

Bibliotecólogo egresado de la Universidad de Antioquia. Promotor de lectura de la Red De Bibliotecas de Comfenalco Antioquia, sus líneas de interés han sido el uso de la tecnología y el bilingüismo aplicados a la

¹ Estuvo vinculada al Hospital hasta el mes de marzo de 2022.

animación y promoción de la lectura. Coordina el Encuentro de Poetas de Comfenalco. Ha trabajado con el programa de responsabilidad social empresarial “Palabras que Acompañan” de GSK-Dolex. En el año 2008 fue becario de la Universidad de Illinois en servicios bibliotecarios en Estados Unidos.

Alejandro Vesga Vinchira

Bibliotecólogo y Magíster en Ciencia de la Información de la Universidad de Antioquia. Se ha desempeñado en diversas bibliotecas y unidades de información, actualmente es el Bibliotecólogo del Hospital Pablo Tobón Uribe. En su labor docente ha desarrollado una iniciativa para incluir historias de ciencia ficción en el currículo de bibliotecología y archivística. Fruto de este trabajo ha editado dos libros digitales de cuentos.

**Cuento ganador
Categoría infantil
Concurso de 2019**

Un viaje al planeta Azul

Michelle Sepúlveda Callejas²

Había una vez un niño llamado Sebastián, él tuvo un sueño muy extraño en el que fue en una nave espacial a un planeta llamado Azul. El planeta era muy extraño, cuando él lo estaba inspeccionando encontró unos extraterrestres que le dijeron:

—¡Hola amigo! Nosotros hemos estudiado tu idioma, mi nombre es Cantara y ellos se llaman Amparito y Tintino. ¿Y tú de dónde eres y cómo te llamas?

—¡Hola! Yo me llamo Sebastián, vengo de un planeta muy hermoso llamado Tierra, lo que más me gusta son sus cielos hermosos.

² Familiar de Eduar Humberto Sepúlveda Quiceno, Tecnólogo Biomédico

—Sebastián, te cuento que nuestro planeta puede comunicarse con nosotros, por ejemplo: si nosotros lo saludamos él nos responde. Te lo mostraremos...

—Azul, Azul ¡Hola Azul!

—Hola, ¿cómo les está yendo?

—Muy bien, ¿y a ti?

—Muy bien, tengo muchas cosas por hacer, ser un planeta no es fácil, debo estar pendiente de la vida, no puedo parar. Adiós, me tengo que ir porque tengo que terminar de leer un libro que me regaló un primo llamado Unit, sobre la expansión del universo y está muy bueno.

—Chao.

—Necesitamos ayuda Sebastián, hay un extraterrestre malo llamado Ter, está acabando con todos nosotros destruyendo los campos y las fuentes de líquido vital, cada día mueren miles de nosotros y no podemos hacer nada para evitarlo. Tú eres el único que nos puede ayudar, ya que sabes la ubicación exacta de las gemas místicas de esmeralda, las únicas con el poder suficiente para derrotarlo.

—Bueno los voy a ayudar pero necesito un mapa para comprender mejor la geografía de su planeta, la

ubicación la he visto solo en sueños y son muy confusos... Me siento mal, necesito descansar un poco.

Después de un largo y terrorífico sueño Sebastián logró comprender mejor sus visiones.

—Amigos acabo de tener un sueño y ya sé lo que necesitamos para derrotar a Ter. Según este mapa las gemas místicas esmeraldas se encuentran, una en las lagunas de fuego y debemos montar al dragón de fuego y subir hasta lo más alto de la montaña y arrancar la gema roja de la cima. Después tenemos que ir a los lagos de Santiago y montar el tren lento y encontrar la gema azul mientras el tren está en funcionamiento, luego debemos ir a los templos del aire y tomar la esmeralda verde de lo más alto de la cúpula del templo. Por último tenemos que ir a las cuevas oscuras y bajar hasta lo más profundo y sacar la gema violeta.

Cuando lograron completar la odisea emprendieron el viaje en búsqueda del malvado Ter.

Cuando llegaron, Ter le dice a Sebastián:

—Por fin te conozco.

—Yo he venido a derrotarte.

—¿Y quién te dijo que podrías derrotarme?

—Mis amigos.

—Bueno, estoy esperando.

—Muy bien.

—Vaya, veo que tienes las gemas místicas de esmeralda, muy bien, empieza.

—Amigos se ha hecho muy fuerte, pero las gemas lo lograrán, su luz puede acabar con cualquier mal.

—¡Vamos a la lucha, Ter, no podrás con el poder de la luz de las gemas!

Y Ter tuvo que darse por vencido porque su luz le ocasionaba mucho dolor, y huyó a lo más profundo del universo para no volver.

—¡Sí!

—¡Hemos ganado!

—Gracias Sebastián, nos has salvado

—Pues nosotros seremos tus amigos.

—Bueno, llegó la hora de irme, no me puedo quedar.

—¡Adiós Sebas!

—Espero que nos volvamos a ver

—Sí volveré, pero eso será en otro sueño.

**Cuento ganador
Categoría adultos
Concurso de 2019**

Nocturno

Cristian Arbey Jaramillo Posada³

Los últimos rayos de luz del fatigado atardecer proyectan su agonía sobre los tejados de Puerto Faro. Extraño nombre para un lugar lejano de la vera de algún vertiente y lo único parecido a un faro, es la gran cúpula de la iglesia donde repican incesantes las campanas llamando a los fieles, y a su vez terminando el plácido sueño en el que estaba. La última campanada no solo termina la convocatoria para las almas, sino que provoca una distorsión acelerada del tiempo que hace caer la noche de ipso facto.

³ Analista Informática en Salud

Mis músculos se estiran y se desvanece el entumecimiento. El céfiro hace que sacuda el cuerpo y rápidamente pierdo el interés en el fenómeno natural del contraste diurno que atestiguo. De repente el ambiente cambia y mi atención desde aquella esquina, se centra en el vívido mosaico de personas que transitan la única calle que es paso obligado en Puerto Faro. Es difícil fijar la mirada en un solo lugar; niños corriendo, ancianos en torno a las tazas de café humeante sobre las mesas, risas de mujeres coquetas, hombres que se enfilan a ingresar a las cantinas donde los esperan mujeres aún más coquetas. Fiel espectador me siento privilegiado de encontrarme en este balcón que sería la envidiada platea del más hábil titiritero.

La escena es entretenida pero no puedo olvidar la misión, tengo que dejar avanzar la noche para tener la oportunidad precisa y alcanzar el objetivo... ¡Esta noche no se escapará!

Me desplazo discretamente al final de la calle, donde se erige la imponente iglesia y empieza el parque; ya sin el riesgo de perder el fino sentido del oído por el tronar de las centenarias campanas. Es solo hacer tiempo para que avance la noche y aprovechar para

planear mis movimientos... No puedo darme la oportunidad de menospreciar las habilidades del objetivo. La noche es joven, la idea está fija y la tarea espera. Elevo la mirada hacia el cielo, como si encontrara en la profundidad de la oscuridad la tranquilidad de quién acepta la naturaleza de los seres de la noche. El calmo lapsus se interrumpe con el ensayo de tres guitarristas que pasan cerca con su alicorado patrocinador... Al parecer no soy el único con una misión a cumplir el día de hoy. Se paran justo al frente de mí; fijan su mirada que me intimida, creyéndome protegido por el resguardo de la oscuridad de la arboleda; pero es una falsa alarma. No me miran a mí. Es un rito de estos músicos el fijar su mirada al infinito antes de interpretar sus melodías. Sus voces son tenues al igual que sus acordes. Me seduce el escuchar la lírica enamorada de las promesas eternas y el melodioso tono relevante de sus voces que incita cada vez más a mi atención. Nuevamente se interrumpe el momento, pero ésta vez es un grito: “¡Esa es! ¡Esa es la que quiero que le canten a mi Leonora querida!”

El aguardientoso sonido de la voz de aquel desafortunado acompañante, hace estallar una carcajada

entre los tres músicos al unísono y se da por terminado el ensayo. Se enrutan presurosos hacia la casa de la muchacha después de escuchar el alarido del ya borracho enamorado: “¡Es por aquí! ¡Vamos!”

Me puede más la cómica curiosidad y decido seguir a los músicos más su contratista, conservando mi distancia.

Me repito mentalmente; la idea está fija, la intención es clara, el objetivo no está próximo, la noche es joven y la tarea puede esperar... Me pongo en el camino de los serenatistas.

Inicia la bajada de la calle y la pendiente es pronunciada, pero el zigzag del caminar del borracho no evita el ritmo marcial de su paso; pone en aprietos a los musicales acompañantes quienes procuran el cuidado de las femeninas siluetas de los estuches de sus instrumentos. La marcha para y el dedo inquisidor del borracho señala fija una colonial y elevada ventana; llama la atención de todos el pulso fijo del brazo del borracho; al parecer para algo le ha servido la marcha. Los músicos son rápidos... desenfundan, mueven las clavijas de las guitarras, acomodan sus posturas y esperan la señal del enamorado quien asiente inclinando levemente la

cabeza. Las miradas se concentran en la ventana y yo cierro los ojos lentamente cuando la melodía inicia, pero esta vez escucho en plenitud el fulgor de la fusión de los instrumentos e intérpretes.

Escucho una tras otra las canciones acordadas previamente; versos primaverales y de placeres terrenales colman las letras de las canciones que solo el amor puede inspirar. Abro los ojos y veo las sonrisas de los vecinos de la agasajada que se escapan por los hilillos de las puertas entreabiertas; al parecer todos han sentido en algún momento la cálida caricia que provoca la escena.

Nuevamente estoy ubicado en una posición privilegiada como si tuviera a mí disponibilidad un teatrino humano que estimula los sentidos. Al son de las tonadas logro ver lo que los demás actores no. La elevada ventana se abre tímidamente como una boca llena de penumbra. Una silueta empieza a aclararse en el pórtico con un cansino desplazamiento hacia la luz del reflejo de las lámparas. Mis pupilas se dilatan y nuevamente veo lo que los presentes no; la prenda de seda se ciñe en la esbelta figura, el túmulo del pezón se difumina en el blanco lienzo. Carnosas, finas y musculosas

piernas se perpetúan en dirección al lugar al que van las almas que mueren en pecado. El límite de la pijama solo llega hasta el pliegue de la cadera y entonces comprendo la motivación gentil del borracho por hacerse al perenne amor de la muchacha.

Desde el piso entre coro y coro los espectadores solo ven la ventana abierta arriba y una mano apoyada en la verja. Yo, por otro lado, puedo ver el rostro de la joven reclinado hacia atrás, sus labios susurrando instrucciones a un íntimo invitado desconocido por el novio. La mano de la muchacha no vista por el público, se sacude frenéticamente señalando la ruta de escape mientras la fugaz silueta del anónimo acompañante sale abriendo y cerrando rápidamente la única puerta de los aposentos de la musa inspiradora. Para aquellos bajo la ventana, nada ha pasado.

La completitud del espectro femenino reclinada en la ventana ya se observa por los deslumbrados artistas que involuntariamente cesan su recital, víctimas de aquella angelical y deseable presencia.

El silencio es protagonista hasta que el borracho se desploma de rodillas mirando el suelo. La joven se conserva impasible. El borracho se inclina un poco

más para buscar entre sus bolsillos y en el atasco de papeles lo que deja entrever sea un discurso o una proclama para su amada y que ahora no es capaz de decir, rescata de su centro una joya y estira su brazo hacia el cielo sin aún retirar la mirada del piso.

Ella desde su altar reconoce lo que pasa. Esboza una maquiavélica sonrisa y da un grito que coincide con un nuevo campanazo de la iglesia que marca la medianoche. ¡Acepto! Mis sentidos se agitan. Ya es hora, me digo mentalmente. Doy revés a la escena y me encamino a ejecutar mi misión. ¡Ya está cercana la hora de mi objetivo! La adrenalina satura mi sistema, todos los sentidos se agudizan y en mi mente la multiti-lla de disco rayado: ¡Ya es hora, ya es la hora de cumplir mi tarea! Rápidamente llego a la concurrida calle; las rejas de los negocios cierran dejando precipitar su gravedad. Cada vez hay menos luz y lo que antes era una calle vívida de acción, se va transformando en espacios amplios donde siluetas ya irreconocibles buscan resguardo vaticinando ya nada bueno.

Se dé que lugar va a salir, su camino, su ritmo... No me espera y esa precisamente es mi ventaja. Baja la temperatura y es característico de esa hora de la noche.

Una helada niebla materializada de la nada, devora los altos de los tejados reclamándolos como trofeo de su naturaleza indómita. Al fin veo claramente que mi objetivo sale de su antro, pero esta vez no está solo. Ya me extrañaba el descuido del sigilo que lo caracteriza. El que esté acompañado complica la situación y evita mi ataque directo en ese momento; debo contenerme y esperar que crucen por la alborada del parque donde la oscuridad nos cubrirá a todos pero tengo la ventaja que no me esperan. El costado oscuro de la esquina de la iglesia es un lugar del que ellos no esperan que esté alguien a esa hora de la noche y nuevamente estoy en un lugar privilegiado como valor adicional a mi emboscada. Juguetean desapercibidos cual ratas aprovechando ya la absoluta soledad de la calle, llegan a la esquina de la iglesia y efectivamente no se percatan de mi presencia, continúan un poco más y entran en el parque... ¡Esa es mi señal! Me inclino hacia adelante y salgo de la esquina. Siento como si me deslizara en el aire; ya no hay vuelta atrás; estoy justo en su retaguardia y soy demasiado rápido; para cuando el acompañante nota mi presencia ya el agudo punzón ha logrado penetrar a mi objetivo.

Siento la rigidez del cuerpo al mismo tiempo que se escurre entre mis garras el tibio escarlata fluido vital del condenado. El acompañante reacciona tardío y huye, combustionando pánico en todo su ser. Mi fija mirada lo acompaña en el camino improvisado que se abre entre los arbustos... ¡Debería estar agradecido que hoy no fue su día! El escaso brote de vida se escapa de su cuerpo que ahora es inerte, lo miro indolente y no me juzgo porque esa es la naturaleza de las cosas. Nadie más presencia la escena y creo que a nadie le habría importado. La mirada cristalizada de la víctima se fija en el firmamento y hace que yo también lo mire. Aquel lecho profundo atorado de estrellas aún no se cubre de la densa niebla, cierro los ojos y sacudo la cabeza con la sensación del deber cumplido. El tumultuoso batir de mis alas quiebra el silencio, aprieto la presa y me elevo majestuoso. El vuelo es un giro amplio por todo el límite del parque como una vuelta victoriosa, me tomo el tiempo para observar los detalles de los elementos que proyectan su sombra; no todos tienen la oportunidad de admirar aquella bizarra paleta de ausencia de color. Una nueva idea mina mi mente y la tarea cambia. Esperando están los polluelos

en el nido, ávidos de su festín. El cielo pronto cambiará su tono y bien es sabido por todos que el día no es de gusto para un intelectual búho nocturno.

**Segundo puesto
Categoría adultos
Concurso de 2019**

Las aventuras de Uriel

Liliana María Restrepo Mejía⁴

En un pequeño bosque cerca a un poblado de la Tierra, cuyo nombre no se conoce, despertó un ángel. Había acabado de ser creado por Dios y se le envió a la Tierra para que aprendiera un poco más sobre los seres a los que serviría por toda la eternidad. Debía crecer entre ellos, aprender de sus costumbres, entender un poco el por qué de sus comportamientos y así poder servirles mejor en el futuro.

Estaba un poco abrumado; hace poco estaba ante Dios escuchando su misión, maravillado con un hermoso par de alas doradas que adornaban su espalda y que hacían un suave sonido cuando vibraban, estaba

⁴ Médica Auditora en Interventoría

ansioso, con ganas de desplegarlas y sentirlas en pleno vuelo, sin embargo estaba recibiendo instrucciones sobre cómo era el lugar donde iba a ir y cómo proceder, cuando despertó en el suelo húmedo de un pequeño bosque, con un ropaje viejo y medio sucio y no estaban sus alas. Comprendió entonces con tristeza que había comenzado su misión.

Le dio un vistazo al cuerpo humano que le había sido asignado, descubrió que era un joven de aproximadamente 16 años, alto, medio fornido, de manos gruesas y endurecidas, de voz grave, cabello ondulado y piel blanca. Ese cuerpo contrastaba enormemente con el que tenía hace unos momentos en el cielo pero supuso que era temporal y había que asumirlo. Decidió que era mejor iniciar pronto esta misión a la que consideraba en cierta forma una aventura por lo que comenzó a caminar en busca de otros humanos cuando sintió por primera vez una sensación incómoda en su abdomen. Recordó vagamente cuando le mencionaron que los humanos deben comer varias veces al día, por lo que supuso que esto era el hambre. Era verdaderamente algo molesto, debía encontrar pronto algo para comer pero ni siquiera sabía que comían los humanos.

Sus pies estaban descalzos y comenzó a sentir frío, el piso del bosque estaba húmedo y también se lastimaba la planta del pie con raíces, piedras y todo en su camino. Ahora empezaba a entender qué era el dolor.

Pasó mucho tiempo vagando por el bosque cuando se encontró con unos leñadores. Le sorprendió ver que entendía lo que le decían, ya que su idioma natural era muy diferente al de los humanos. Cuando le preguntaron sobre su origen, dijo no recordar nada, sólo que estaba perdido y tenía hambre. Los leñadores muy gentilmente le ofrecieron llevarlo a su aldea, allí podría comer algo, sanar y pasar un tiempo mientras recordaba. No sabía qué decir cuando le preguntaron su nombre pero no vio nada malo en decir su nombre angelical, así que les contestó sencillamente: "Me llamo Uriel".

Al llegar al pequeño poblado descubrió un grupo de casitas unas hechas con madera y otras con piedra, tenían grandes puertas y ventanas que les daban mucha luz y estaban formando un círculo alrededor de un claro del bosque. Le mostraron también con orgullo otras construcciones que habían ido haciendo los hombres del grupo. Una especie de choza más grande para

reuniones comunitarias y otra donde jugaban los niños y recibían su educación.

Al terminar el recorrido, se lo presentaron al jefe del poblado y éste le dio la bienvenida, se mostró preocupado por su situación física ya que vio sus pies llenos de heridas y le inquietaba un poco su aparente falta de memoria, por lo que sugirió que lo llevaran donde el sanador. Su nombre era Balí y era un hombre muy agradable, se notaba la sabiduría en su mirada, tenía manos blandas y suaves y una voz que transmitía una enorme paz. Le lavó las heridas para aplicarles emplastos y ungüentos, ahora por fin sentía alivio. Se devoró varias hogazas de pan y algunos vasos de una bebida hecha de plantas y ron, estaba feliz.

Más tarde se presentó de nuevo ante el jefe y se puso a sus órdenes. Su nombre era Erick y parecía un hombre sensato, daba órdenes al tiempo que trabajaba en la construcción de lo que mencionó que sería una iglesia. Al preguntar Uriel sobre esta construcción, le explicaron que serviría para alabar a Dios, hacer casamientos y bautizar a los niños. Fue asignado a ayudarlo a los hombres a traer troncos del bosque con las que se harían las sillas, a traer pantano del fondo de la laguna

para pegar las piedras y a lo que fuera apareciendo, realmente había muchas cosas por hacer.

Con el paso de los días fue cogiendo cariño por el trabajo, se despertaba temprano, oraba en silencio, desayunaba y salía a sus quehaceres. Una mañana lo despertó un alboroto afuera de la casa de Balí. Al aproximarse pudo entender que había pasado. Un niño de apenas 4 años ardía en fiebre y hacía movimientos extraños, su madre lloraba profusamente y su padre apuraba a Balí para que hiciera algo. Vio preocupación en la mirada de Balí por lo que asumió que la situación era delicada. Luego de unos minutos logró que los movimientos cesaran, pero el niño seguía aparentemente inconsciente. Lo metieron a la casa y no supo más de él. Se fue a trabajar con una sensación de opresión en el pecho, entendió que era tristeza.

Al regresar en la tarde del trabajo en el bosque, descubrió que el poblado era un caos, había muerto el niño y al parecer otro de sus hermanitos estaba ardiendo en fiebre. Conocía a ese pequeñito, lo había visto muchas veces jugar y le encantaba su sonrisa contagiosa. Por un momento sintió rabia ante su impotencia. Era un ser con mucho poder y en esa circunstancia, era

solo un humano más que no podía hacer nada, así que vivió una sensación de injusticia al no poder evitar que muriera un niño así.

Balí los había reunido a todos en la choza comunitaria e intentaba explicarles que debían evitar el contacto por ahora con esta familia ya que posiblemente era una enfermedad contagiosa. Bajo sus incrédulos ojos, vio cómo algunas familias estaban recogiendo todo para irse, decían que un demonio estaba en la aldea y creían que alejándose solucionaban las cosas. Intentó hablar con ellos y razonar pero no pudo convencerlos, aprendió sobre la desesperanza.

Balí instauró algunas recomendaciones por ese entonces y fueron seguidas atentamente. La familia que estaba aislada de los demás fue pasando los días sin mostrar signos de enfermedad y pudieron ser reintegrados a la comunidad. Como aún no estaba terminada la iglesia, se hicieron unos ritos fúnebres para el niño en los que participó con cierta curiosidad, tenían una mezcla de magia y creencias en Dios que le parecieron interesantes pero no dijo nada, no tenía permitido interferir en la religión humana.

Lentamente la cotidianidad fue retornando a la aldea, regresó de lleno al trabajo y se mostró interesado en comenzar clases con los niños. Le explicó a Erick que no sabía leer ni escribir y quería hacerlo. Comenzó a intercalar las jornadas de estudio con sus labores en el bosque. Pronto descubrió que el tiempo daba la sensación de ser demasiado corto, iba a clases en la mañana donde quedaba con deberes por hacer, salía para el bosque a trabajar regresando muy cansado, había cosas que atender en el poblado y luego oscurecía. Comenzó a aprender sobre la ansiedad y lo que los compañeros llamaban "estrés"; en ocasiones se descubrió a sí mismo enojado, irritable, con dificultad para dormir y hasta con pérdida del apetito. Erick tuvo que sentarse con él y pedirle que tomara las cosas con calma. En sus oraciones esa noche, rogó a Dios para que le diera paciencia y serenidad.

Y llegó el invierno, con él las lluvias y a veces las inundaciones, fue en ese momento cuando realmente entendió porqué el poblado no estaba a la orilla del río, lo cual siempre había pensado que les habría facilitado la construcción de la iglesia al tener los materiales

mucho más accesibles; sin darse cuenta, había aprendido algo sobre la inteligencia humana.

Las cosechas de la huerta disminuyeron notoriamente porque aunque habían tenido la precaución de guardar para ese tiempo, el invierno se estaba prolongando más de lo esperado y parecía que no sería suficiente. Debía correr algunos riesgos saliendo con algunos hombres a cazar para tener más provisiones.

Una mañana en la que hacía mucho frío, el cielo comenzó a oscurecerse, aparecieron grandes nubes, vientos fuertes comenzaron a soplar y la lluvia arremetió contra la aldea; allí sabían que había posibilidades de tormenta pero no pensaron que sería tan pronto ni de tal magnitud. Ya Balí los había alertado sobre los riesgos. Como los niveles de los ríos comenzaron a subir, la gente del pueblo comenzó a ser evacuada a sitios más elevados y seguros. Los rayos caían intermitentes, iluminando por unos instantes la zona afectada. Al segundo día de la tormenta sucedió el desbordamiento. Era de noche y esto dificultaba más las cosas. Se oyó un sonido ensordecedor, como un rugido que salía de la tierra. El agua arrastraba desechos, troncos, piedras, todo lo que encontraba a su paso, se llevó tam-

bién el pequeño poblado; no podía ver bien, llamaba afligido a sus amigos, buscaba a sus compañeros de trabajo, auxiliaba a mujeres y niños que encontraba en el camino. Al mirar atrás pudo darse cuenta como lo que fue su casa estuvo en segundos cubierta por agua, barro y troncos.

Pasó varias horas pegado a un tronco con gran temor hasta que fue bajando el nivel del agua y entendió que estaba a salvo. Con otros hombres que fue encontrando, recogieron objetos que podían servirles, hicieron camillas para transportar a los heridos a un sitio improvisado como sanatorio de Balí; éste poco a poco se iba llenando de personas necesitadas de algún tipo de atención y admiró a Balí por su entrega, su arduo trabajo y su optimismo.

Al llegar la luz del día pudo constatar la magnitud de la tragedia, no solo la que había en el poblado como tal, sino familias separadas porque alguno de sus miembros no aparecía, heridos, niños huérfanos, madres lamentándose... y fue así como en medio de la tristeza descubrió también la maldad, personas que saqueaban los víveres a sus propios vecinos y las pertenencias que no habían sido arrastradas por el agua,

descubrió la indolencia de otros que viendo a alguien necesitado o impedido, pasaban por su lado indiferentes; no entendía cómo pero su corazón se sintió arrugado. Pidió a Dios fortaleza y tolerancia y retomó lo que consideraba era su misión, ayudar a los necesitados. Pasó horas buscando entre los escombros a sus conocidos, ayudó a recolectar alimentos, agua limpia, material para reorganizar algunas casas mientras tanto. Al final del día se sintió físicamente agotado como nunca antes y por primera vez en muchos meses, se sentó y lloró.

De pronto sintió un total silencio que le hizo abrir los ojos. Estaba nuevamente en el cielo donde una corte de ángeles le miraba con gran amor. De nuevo tenía sus esplendorosas alas doradas en la espalda, su cuerpo no sentía cansancio ni mostraba aquellas heridas hechas durante el desbordamiento y luego con las labores de rescate. Era de nuevo un ángel en toda su inmensidad. No sabía qué decir ni qué pensar, todo esto lo tomó por sorpresa, sentía una mezcla de alegría y de tristeza al mismo tiempo. El arcángel Miguel se le aproximó para decirle que sería eternamente bendecido y admirado por su labor, lo felicitaba por lo aprendido

y que pronto le asignarían una ciudad donde servir; sus pensamientos iban a gran velocidad pero tenía algo claro, ¡quería volver urgentemente! Necesitaba seguir ayudando, ¡había mucho por hacer!

Cuando le expresó al arcángel Miguel que quería volver, éste lo miró extrañado. "¿Pero por qué quieres ir a ese lugar con tanta desolación, tristeza, donde hay maldad y egoísmo, qué hace que quieras estar en medio del hambre, del frío, de la incomodidad e incluso la desesperanza?" Uriel se quedó pensando y le dijo: "Todo eso es cierto, lamentablemente es así pero también hay amor, generosidad, entrega desinteresada, amistad, compañerismo, hay hombres honestos luchando por salir adelante, hay algunos que nunca se rinden por más veces que se caen, siendo ejemplo para otros, descubrí esperanza, en todas partes se encuentra una madre que se sacrifica y lucha por sacar adelante a su pequeño en medio de las dificultades, siempre hay alguien que reza en las noches esperando que Dios mejore su situación y la de los suyos. Por todo eso y mucho más, quiero seguir ahí".

El arcángel Miguel lo miró con ternura, su "soldado" angelical se había encariñado con los humanos a

quienes debía servir. Lo despertó el frío del piso sobre el que se había quedado dormido y escuchaba a Balí que lo llamaba. Se levantó y acudió feliz a su improvisada casucha aunque mientras caminaba sintió de nuevo cierta nostalgia al recordar sus alas doradas... tampoco esta vez había tenido oportunidad de desplegarlas. Al llegar, encontró mucho por hacer, lamentos en un lado, llantos en el otro, heridos por socorrer, niños hambrientos...

Balí estaba en un rincón preparando una medicina para uno de los enfermos, tan pronto entró Uriel, sonrió y lo miró con cierta picardía, por lo que Uriel se extrañó de su comportamiento pero pensó que solo estaba feliz al verlo y continuó en sus labores.

Al cabo de unos minutos, Balí se aproximó a Uriel y le dijo: "Sabía que regresarías. Ah, y no te preocupes por tus alas, ya tendrás toda la eternidad para disfrutarlas, esto que hoy vivimos es lo mejor que nos pudo pasar, aquí el tiempo humano vuela muy deprisa y cuando menos pienses, estaremos de nuevo frente a Miguel, recibiendo nuestra nueva asignación".

**Cuento ganador
Categoría adultos
Concurso de 2021**

Subjetivo

Juan Carlos Torres Millán⁵

Escuché cuando le dijo que tenía que ver cinco pacientes más en el séptimo piso. No se veía cansada a pesar de que ya eran más de las cuatro de la tarde, un poco más despeinada y una pequeña mancha café en su uniforme delataba su tintomanía. A pesar de que eran varios los que venían a verme había sentido con ella alguna especie de conexión, aunque no podía hablar desde la noche anterior a que me hospitalizaran. Quizás fue ese especial sentido lo que hizo que se devolviera y viera nuevamente mi cara y corroborara los signos en el monitor. Luego vino el pitido aterrador, la puerta abierta con violencia y el golpe del carro desfi-

⁵ Médico Internista con Subespecialización en Cuidado Intensivo

brilador contra esta, la adrenalina en el aire y luego en la jeringa para desembocar en mis venas.

Bastó para que viera mis ojos y entendiera lo que le quise decir:

No partiré. Por el contrario, el largo y verdadero viaje se acaba. Ya no seré más yo. Mis recuerdos no van hacia atrás, no se desvanecerán en mi infancia.

La escena se detuvo haciéndose más fuerte y presente desde que la esperanza me abandonó.

Suspendió las maniobras.

Y ahora, en el instante final, lo blanco que veo no es la luz al final de un túnel... es una bata.

Cuentos participantes
Categoría infantil
Concurso de 2019

Las aventuras del rico y el pobre

Emmanuel Toro Restrepo⁶

Erase una vez un joven rico llamado Maik, el cual odiaba mucho a los desafortunados por su aspecto y su forma de ser.

Una vez un chico pobre llamado Jom se encontró con Maik y le dijo: "¿Me puedes regalar una moneda para poder alimentar a mi familia?"

Maik le responde: "Claro que no te voy a regalar dinero". Aparte de eso también le dijo un insulto con voz fuerte y le dijo "pobre desafortunado".

Lamentándose, Tom se alejó muy triste a su casa y sin esperanzas de encontrar un trabajo.

⁶ Familiar de Sandra Milena Toro Restrepo, Técnica en Servicios Farmacéuticos

Después de un mes se encontraron de nuevo, Maik le dijo a Tom: "Pobre, ¿qué haces acá otra vez? Vete de mi vista".

Tom le dijo que no, que por favor no lo molestara e hicieron las paces para luego emprender una aventura juntos.

Se dedicaron a recorrer caminos, su primera aventura fue a un pueblo lejano, les tocó atravesar junglas y se quedaron a acampar, en la mañana continuaron su camino y se encontraron un pueblerino que estaba corriendo y gritando completamente aterrorizado, repetía sin parar "ahí viene la bestia, ahí viene la bestia". Siguieron su camino y más adelante se encontraron unos campesinos muertos y otros agonizando y enseguida se encontraron a la bestia. Era espantosa, tenía piel negra, botas cafés y ojos rojos, era realmente intimidante, algunos campesinos luchaban por sus viviendas y otros se escondían para no batallar.

Luchaban con lanzas, escopetas, etc., pero ninguno salía victorioso, Maik y Tom corrieron a un árbol donde había un hueco y con suerte no los encontró.

Maik y Tom siguieron a la bestia y se encontraron con que su hogar parecía una cueva donde le tiraron

una roca a la bestia y esta quedó inconsciente hasta que murió.

Revisando sus pertenencias se encontraron lo que parecía un mapa de un tesoro, sin pensarlo dos veces se fueron en su búsqueda, pero resulta que fue una trampa y cayeron a un pozo, donde una bruja de bata negra y un sombrero puntiagudo pero de buen corazón que después de reírse un rato al ver tan penosa situación decidió lanzarles una cuerda y sacarlos.

Maik y Tom se convirtieron en los mejores amigos y Maik juro nunca más juzgar a las personas por su apariencia, porque aquel hombre al que había llamado desafortunado una vez, era el mismo con el que había compartido las mejores aventuras.

El tiburón y el pez

María Camila Molina Bedoya⁷

En el mar vivía un pequeño pececito de color naranja, él iba a conseguir comida. Un tiburón llamado Sami, al que le decían en el arrecife “el temible” ya que no tenía consideración con nadie, vio al pequeño pez nadando a lo lejos, nadó y nadó lo más rápido que pudo para comérselo y que nadie le robara su almuerzo. Nadó y nadó hasta que lo convirtió en su manjar preferido de aquel día.

Al atardecer la madre de Naranja estaba muy angustiada, porque hacía horas que había salido su hijo. Muy preocupada cogió sus cosas y fue a la casa de

⁷ Familiar de Luz Marina Bedoya Pulgarín, Auxiliar de Enfermería en Urgencias

Pedrito, el mejor amigo del pececito de color naranja, al llegar al lugar tocó la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Pedrito.

—La madre de tu amigo; el de color naranja.

Entonces Pedrito abrió la puerta y dijo a la madre:

—Hola buenas tardes que milagro, ¿y mi amigo naranja?

—Justamente para eso vengo a verte —la madre contestó—. ¿Has visto a naranja?

—No lo he visto —Pedrito contestó—, pero te ayudaré a buscarlo.

Pronto supieron la verdad, que un malvado tiburón se lo había comido. Muy tristes pasaron los días, siempre recordándolo con mucho cariño.

Un día cuando Pedrito estaba en camino a la escuela vio al tiburón que se había comido a su amigo, enredado en una red y como Pedrito nunca había tenido odio en su corazón, sin pensarlo lo ayudó a salir de la red y ponerse a salvo, el tiburón le agradeció de corazón a Pedrito y dijo:

—Perdón por haberme comido a tu amigo naranja, Desde hoy tendré compasión con todo el mundo.

Desde ese día a Sami el temible, lo llamaban Sami el amigable porque nunca más volvió hacerle daño a nadie, cumpliendo así, la promesa hecha a Pedrito.

Salvando vidas a través de los sueños

Valentín Galeano Álvarez⁸

Había una vez un niño que le daba miedo ir al médico, siempre que su mamá le decía que lo llevaría él se negaba y salía corriendo a encerrarse en su cuarto. Cierta día estaba con fiebre, resfriado y le dolía la cabeza pero mejor calló su dolor; se quedó dormido profundamente y soñó que se encontraba en el mundo de la enfermedad en el cual veía virus, bacterias y enfermedades. De repente vio a cáncer y le pregunto que donde se encontraba y le dijo que en "enfermelandia", al ver todo se asustó y empezó a correr; vio las nubes como estornudos, el suelo estaba caliente, eso significaba la fiebre. Pero vio algo en ese mundo que

⁸ Familiar de Jeny Álvarez Guzmán, Ayudante Administrativa en Apoyo al Usuario

no era malo, ni sucio: vio el HOSPITAL, entró y vio médicos luchando contra las bacterias, enfermedades y algo aún más sorprendente; salvando las vidas de aquellos que las padecían. Uno de ellos tenía un arma llamada estetoscopio y con él daba golpes de latidos, otro con el desfibrilador daba golpes de reanimación; una enfermera con el tensiómetro daba golpes de presión y la del aseo destruía las bacterias con golpes de limpieza. Entonces el niño comenzó a reflexionar y despertó, corrió buscando a su mamá para que lo llevara al hospital, cuando salió de allí se sintió como nuevo y entendió que allí se dedicaban a salvar vidas; estudió medicina y se convirtió en un gran médico.

La vida de Billy
Mateo Castaño Díaz⁹

Hace mucho tiempo en el pueblo de Primavera, nació un niño llamado Billy. Empezó a crecer y a notar que su vida no era la mejor, miraba a su alrededor y sólo podía ver a su madre y a su pobreza pues desde muy temprana edad perdió a su padre, y no lo pudo conocer. Billy no podía estudiar debido a que en su pueblo no había escuelas y las condiciones económicas en que vivían también lo impedían, pues no tenían el suficiente dinero para comprar un uniforme, cuadernos ni pagar un transporte, apenas les alcanzaba para comer.

⁹ Familiar de Sandra Milena Díaz Sepulveda, Digitadora Departamento de Investigación

Billy todas las mañanas ayudaba a su madre en los oficios del hogar. Un día cuando su madre Margarita fue a comprar una bolsa de arroz, él se quedó cuidando la casa. Mientras la esperaba, a la casa entró un hombre de apariencia extraña, de manos huesudas y voz gruesa que le dijo: Niño, no digas nada sobre mí. Billy de inmediato supo que lo estaban robando, pero en ese momento entró su madre. El señor asustado y sin pensarlo disparó a la madre de Billy y salió corriendo. Billy se acercó a su madre y vio que ella ya estaba muerta, entonces llorando empezó a imaginar qué sería de él, pues ya estaba solo en este mundo. De donde pudo sacó fuerzas y salió a avisar a los pocos habitantes del pueblo acerca de lo ocurrido, y como ese pueblo era tan unido, entre todos los habitantes mandaron a enterrar a doña Margarita quien fue muy querida por todos. Un anciano llamado Gabriel le dijo a Billy con voz cansada, vete lo más lejos que puedas, corres peligro en este lugar. De inmediato Billy procedió a empaquetar en un costal lo que más pudo de su casa y se dirigió en tren a la ciudad, tras llegar empezó a pedir ayuda en las llenas calles. Una joven universitaria le dijo a Billy: oye necesitas ayuda, él le respondió que sí de una

manera feliz. La universitaria que se llamaba Catalina lo llevó a su apartamento que, aunque no era muy grande, si era suficiente para ellos dos. Billy quiso contarle a ella acerca de su pasado, pues de pronto esto podría ayudarle a superar y entender muchas cosas.

Catalina con sus ahorros quiso ayudarle a que él se convirtiera en una persona profesional y decidió pagarle un buen estudio. En su primer día de clases, Billy se sintió muy extraño, en el recreo lo trataron como un niño raro, él sentía cada vez más miedo, pero de pronto una de las compañeras llamada Laura se le acercó, le habló y descubrió que tenían muchas cosas en común pues ella tampoco conocía a su padre y su madre había fallecido. Laura vivía en una pequeña vereda, los dos tenían cabello liso, en fin, una serie de características similares.

Billy aprendió muchas cosas en la escuela y alcanzó su graduación de la básica primaria, como si de jugar canicas se tratara, pues siempre fue un excelente estudiante.

De pronto un día, en el televisor de Catalina observó una trágica noticia acerca de su colegio, esta hablaba sobre un joven estudiante que se suicidó en el

techo de la institución. Billy se quedó traumatado muchos meses, decía que las cosas pasaban por algo y con el tiempo logró superar ese trauma, comprendió que hay que vivir la vida como si fuera el último día.

Él ganó el año y pasó a primero de bachillerato al igual que su amiga Laura. Billy le confesó a Laura que la quería desde que estaban en la primaria, que ella era muy hermosa e inteligente. Laura apenada le dijo que sentía lo mismo.

Catalina se graduó de Medicina en la universidad, y ya empezó a ejercer su profesión. Pasaron varios años y Billy ya tenía 19, Laura 18, eran la pareja perfecta el uno para el otro y podían estar juntos hasta que la muerte los separara. Cuando ellos ya tenían 30 años decidieron casarse, eran una familia muy unida, pero Laura notó que faltaba algo, fue entonces cuando decidieron tener hijos, al primero lo llamaron Juan y al segundo Matías. Juan era muy hermoso e inteligente, Matías nació con síndrome de Down, aun así, la familia seguía más unida que nunca y le enseñaron a Matías a adaptarse. Laura decía que Matías era muy bueno nadando y escribiendo, él al inicio escribía horrible, pero se volvió todo un experto en escritura. Pasó mu-

cho tiempo y Juan se convirtió en un actor muy exitoso y Matías en famoso escritor. Ambos consiguieron parejas ideales y tuvieron éxito en su vida a pesar de los problemas que se les pudieran presentar, y Billy antes de morir a los 70 años dijo: ¡Nunca te rindas!

La aventura con mí violín

María José Restrepo Mejía¹⁰

Había una vez una niña llamada Alicia, ella era ciega y por eso la gente la rechazaba, pero lo que más se notaba en ella era la forma de sonreír ante todo lo que le pasaba en la vida.

Ella vivía en un orfanato para niños con discapacidad llamado Wool.

Ella todas las mañanas salía con su violín a una parada de buses cerca del centro donde empezaba a tocar las dulces melodías de su violín, algunas personas pasaban y le dejaban propina pero otras la ignoraban. Así pasaba todos los días de su corta vida.

¹⁰ Familiar de Lina María Mejía Posada, Médica Auditora de Cuentas en Facturación

Un día común y corriente Alicia estaba parada tocando una de sus melodías favoritas y se le acerca una joven.

Alicia: que buen perfume llevaba señorita.

Emma: muchas gracias; todos los días paso por aquí para dirigirme a mi trabajo, y veo que tocas ese violín con pasión.

Alicia: Muchas gracias. ¿Cómo te llamas?

Emma: Me llamo Emma, ¿y tú?

Alicia: Me llamo Alicia, es un gusto, si no le incomoda, ¿en que trabaja?

Emma: Soy directora musical de una escuela que yo misma creé. ¿Te gustaría inscribirte en mi escuela para seguir reforzando tu técnica?

Alicia: Señorita sería un gusto inscribirme en su escuela pero el problema es que no tengo forma de pagar los estudios.

Emma: Eso no será un problema yo te invito.

Alicia: Muchas gracias.

Alicia y Emma se fueron caminando a la escuela de música, durante el trayecto Alicia le contó toda su historia.

Emma: Llegamos, bienvenida.

Ellas entraron Emma guió a Alicia para que se acomodara de concertina y empezaran los ensayos de la orquesta. Esto duró varias horas. Al finalizar Emma guió a Alicia a la puerta y le dijo que muy buen trabajo que se veían mañana.

Esa fue la rutina de Alicia todos los día se levantaba iba a tocar a la estación de buses, se encontraba con Emma y juntas se iban al ensayo.

Un día se le acerca Emma a Alicia al finalizar el ensayo y le dijo:

Emma: Alicia me ha llegado una carta diciendo que habrá una gira en Corea del Sur y que seleccione a mis mejores estudiantes para que realicen la audición, y yo te he elegido a ti.

Alicia se emocionó mucho y fue con Emma a grabar su audición; ella tocó la melodía favorita de su violín que fue con la que Emma la había conocido en la calle. Al pasar unas semanas Emma llama a Alicia diciéndole que ha pasado la audición. Alicia se emocionó mucho. Todos los días después del ensayo se quedaba unas horas ensayando el repertorio de la gira. Cuando terminó se le acerca Emma.

Emma: Alicia te tengo que informar, la gira tiene un costo no sé si todavía estarás interesada; su valor es de 3 millones.

Alicia: Emma pero eso está muy costoso, no tengo forma de pagarlo.

Alicia se fue muy desanimada del ensayo, y Emma quedó aburrída porque se dio cuenta que Alicia no podría explotar todo su potencial. Alicia dejó de asistir a los ensayos y se dedicó a tocar en la parada de buses, la gente le dejaba propina.

Un día a Emma se le ocurrió una idea de hacer una rifa para recaudar fondos para poder ayudarle a Alicia a pagar el viaje. Unas semanas después, Emma caminando por la estación se encontró con Alicia y le dijo que fueran a la escuela ellas dos fueron y Emma le cuenta a Alicia.

Emma: Alicia hice una rifa para recaudar fondos para tu gira y lo hemos logrado, la gira ya está paga.

Alicia se emocionó mucho y le dio un abrazo muy fuerte a Emma.

Alicia vuelve a ensayar en la escuela su repertorio y a preparar todo porque en unas semanas se embarca en su gran aventura.

2 semanas después, Emma está acompañando a Alicia en el aeropuerto deseándole lo mejor para que ella tenga un gran viaje y una gran experiencia.

Alicia: Emma, muchas gracias por brindarme esta gran oportunidad en la vida, gracias por confiar en mí.

Emma: Es con todo el gusto.

Las dos se despidieron y Alicia emprende su viaje. Al llegar a Corea, Alicia está muy feliz de empezar su gran aventura al lado de su mejor amigo su violín, allá conoce gente de diferentes culturas, hace amigos de diferentes países. Pero hay otros que son ignorantes y burlones esta gente se pasaba diciéndole, miren la ciega la niña palo. Eso a Alicia la hacía sentir muy mal pero sus amigos le levantaban el ánimo y la defendían.

En su primer concierto Alicia dio todo su potencial, la gente la felicitaba. Y ella se sentía muy orgullosa. En su último día en Corea se le acerca un periodista extranjero a preguntarle cómo llegó hasta aquí.

Alicia: Pues yo empecé tocando mi violín desde muy pequeña en una parada de bus allí la gente me dejaba propina pero otros no, un día una señora se me acerca y me dice que toco muy bello el violín y me dice que entre a su academia de música, pues yo accedí

y desde eso he podido perfeccionar mi técnica con ayuda de mi maestra Emma con ella he podido llegar hasta aquí.

El periodista se retira.

Su noticia se hizo viral hasta la niña que la estuvo tratando mal toda la gira la vio y se enojó mucho porque tenía más likes, vistas que su última publicación.

Alicia estaba muy feliz por su logro y por su gran desempeño y se embarca de nuevo a su país. Cuando llega al aeropuerto estaba la señora del orfanato, sus compañeros de orquesta y su maestra Emma esperándola con mucha alegría.

Años después Alicia siguió creciendo como persona demostrándole a la vida que todo se es capaz sin importar como seas, se convirtió en una de las mejores violinistas del mundo reconocidas y con sus logros creó una escuela de música para gente con discapacidad auditiva y visual. Todo esto lo logró con ayuda de su maestra Emma.

Cuentos participantes
Categoría adultos
Concurso de 2019

El monstruo del lago de Valle Escondido

Beatriz Elena Restrepo Restrepo¹¹

En Valle Escondido, lugar muy muy lejano, donde los árboles ocultaban las blancas nubes del cielo y los rayos del sol llegaban escondidos a los escasos lugares que sus ramas dejaban libres; allí, es este mágico, bello y escondido lugar, se encontraba un lago de aguas cristalinas, que bañaba las hermosas piedras de muchos colores, y a pesar de tanta belleza, este precioso río, día a día, cantaba una canción de tristeza profunda, canción que se escuchaba por todo Valle Escondido. El motivo: al río ninguna criatura viviente del mundo arribaba, ni siquiera en sus transparentes y ricas aguas habitaba pez alguno. Decían los vecinos de este miste-

¹¹ Secretaria de Dirección

rioso lugar, que en las profundidades del lago vivía un monstruo de color verde negro, con dientes filudos, garras grandes y una cola tan larga tan larga, que le daba la vuelta al lago.

Era tan visible su presencia que cualquier ser viviente que arrimara al lago, por lo cristalinas de sus aguas, podía ver su figura, y , aterrorizado, huía antes de que el monstruo del lago se lo comiera... decían además, que por su estómago ya habían pasado entre muchos, Juan, un mono titi, que era la alegría del lugar... dicen que fue devorado cuando cansado de reírse quiso tomar un poco de agua. También Griselda, una garza espigada y bella, que cansada de volar quiso reposar en sus aguas. ¡Y qué decir del burro Jacinto! Pobrecito, cómo trabajaba, y también fue víctima de este macabro animal.

La belleza de este bosque se ensombrecía diariamente con la presencia del monstruo del lago, todos esperaban que algún día saliera y se fuera lejos, para que este maravilloso lugar lleno de tantos paisajes hermosos abriera sus puertas al sol y a todos los habitantes de Valle Escondido. Entre tantas palabras y deseos, había solo un ser que defendía al monstruo feroz, era

don Buho, un sabio habitante de este lugar que investigaba y a diario se preguntaba: ¿por qué, aunque por lo cristalino del agua se veía al monstruo, éste nunca había salido del lago?

Decían todos, que sus garras... su larga cola... sus dientes afilados... y con sus rostros aterrorizados no paraban de hablar y hablar y hablar de este peligroso animal.

Pero don Buho, investigador y analítico, decía que era visible sólo a través de lo profundo del agua, y, que además, era mentira que Juan, Griselda y Jacinto hubieran sido devorados por él, decía haber escuchado de fuentes muy confiables, que estos tres se habían ido sin despedirse a otras tierras y que habían sido vistos por varias aves que volaron de paso por Valle Escondido.

Arriesgado y decidido don Buho a descifrar el misterio, voló hasta las orillas del lago para averiguar de una vez por todas la verdad sobre este ser misterioso; pero como no podía ir a las profundidades del lago, fue en busca de Fermín, un pez sierra muy valiente que era conocido por sus hazañas no solo en el mar sino también en todos los lagos conocidos y por conocer.

Fermín, sin pensarlo dos veces, aceptó la propuesta de don Buho y viajó con él hasta el lago; al llegar allí, con valentía, se escondió entre las rocas y las plantas, llegó hasta las profundidades del lago, con sus ojos muy abiertos, su sierra lista para el ataque del feroz monstruo y dispuesto a nadar los más velozmente posible en caso de un ataque, llegó hasta el lugar donde habitaba el monstruo feroz.

Don Buho, mientras tanto esperaba afuera, y dando vueltas alrededor del lago estaba listo con sus garras a atacar en caso de ser necesario. En el fondo del lago, Fermín no podía creer lo que veía, el monstruo, el peligroso animal, el devorador, no era más que un pobre caimán flaco y hambriento, cuya cola estaba enredada con un lazo negro y largo que alguien muy ocioso había tirado al lago. Era tal su desespero para desenredarse, que cada día estaba más atado al fondo del lago y casi ni se podía mover, estaba resignado a su muerte. Fermín llegó hasta él y le ofreció su ayuda, el caimán muy feliz solo alcanzó en voz baja a darle las gracias.

Don Buho veía la lucha en el fondo del lago, lo cristalino del agua le permitía no perderse ningún deta-

lle de lo que estaba sucediendo, quería sumergirse y salvar a Fermín, ya que estaba a punto de ser devorado por el monstruo. Todos los habitantes del lugar al ver el aleteo y el desespero de don Buho empezaron a llenar los alrededores del lago y a ver el triste fin de este valiente pez sierra que estaba viviendo su última hazaña.

En las profundidades del lago, Fermín con su sierra cortaba el lazo del caimán, hasta que por fin logró desenredarlo y el caimán hizo muchos movimientos de felicidad, fueron tantos que tapó con su delgado cuerpo a Fermín. Todos en la superficie vieron cómo él se tragó a Fermín, y desesperados quisieron ayudarle pero ya era imposible.

Cuando de pronto vieron como el monstruo se percató de su presencia y empezó a subir hacia la superficie, sus garras, sus enormes dientes, su color verde negro eran tan pavorosos como la expresión de Fermín, el valiente pez sierra, que estaba atrapado en sus dientes; no alcanzaron a huir del lugar a pesar de sus esfuerzos, ya que eran tantos que se golpeaban unos con otros y se caían, y no se levantaban; de pronto, Salía a la superficie el temible monstruo, y

todos con los ojos muy abiertos vieron como la imagen se empequeñecía cada vez más y cada vez más, se arrimaron a la orilla y cual sorpresa al ver a Fermín y al caimán cantando feliz porque había sido salvado.

Don Buho gritaba: ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! El monstruo no existía, ¡ja,ja,ja,ja!

Todos confundidos escucharon las palabras de Fermín y asombrados sintieron vergüenza con el caimán porque por su miedo casi lo dejan morir.

En Valle Escondido ya nada fue igual, entre todos empezaron a adornar este bello lugar para que los rayos del sol llegaran a todas sus partes, los árboles que antes tapaban el lago para que ningún ser llegara hasta él, abrieron sus ramas para que todos visitaran este precioso lugar. Fermín y Caimán Pedro, que así se llamaba, se quedaron viviendo en este bello lugar y don Buho cada día cuenta a los chicos en los alrededores del lago la historia del monstruo de Valle Escondido y las hazañas de un valiente pez sierra que salvó de las profundidades a un caimán viajero.

Se olvidaron de mí
Esteban Calvo Santa¹²

En ese oscuro y pequeño rincón, solo se escuchaba el gemir de un corazón arrugado y roto por la tristeza. ¡Se olvidaron de mí!

—¿Por qué lloras, pequeño niño? ¿Cuál es tu nombre?

—Oh ¡señora... mi nombre es Escudito y lloro porque los niños se han olvidado de mí.

—Quisiera saber más —dijo ella sentándose a su lado.

—Mira. Calendarito siempre me mostraba con alegría ese momento hermoso en que volveríamos a encontrarnos con los niños y niñas. Era mágico volver a

¹² Auxiliar de Contabilidad

escuchar sus risas y volver a aprender cosas hermosas. Era la llegada de sus vacaciones y siempre contaban sus alegrías y aventuras locas. Pero este año, todo es distinto, sus caritas tiernas ya no se inspiran y su alegre voz ya no se escucha.

—Pero tranquilo —le dijo la señora—. Tal vez es que te estás poniendo viejo y ya no escuchas bien.

—De ninguna manera —le respondió—. Ya a los niños no se les escucha decir: Miren a escudito está palideciendo más; ya el azul de los mares parece como el tenue cielo; su amarillo como el sol, parece más bien una esfera de cristal y su rojo de la sangre está rosa como el jardín.

Y continuó diciendo:

—Ya ellos no se admiran de mis lanzas que fueron capaces de grandes conquistas, ni de mi cóndor que se yergue altivo sobre mis hombros, cobijando los más altos anhelos de Libertad y Orden de nuestros padres y abuelos.

Ella conmovida por su tristeza, se acercó y limpió de su cuerpecito el polvo acumulado durante esos días y le dijo:

—Oye Escudito, ¡no llores más, que parece que se te riegan los mares!

Pero él no quería más consuelo.

—Pero, ¿cómo? Si parece que el dolor de patria invadiera todas mis entrañas, como si tanto oro que traigo conmigo no fuera suficiente felicidad para apagar mi tristeza. Ay ¡Qué dirá mi madre Colombia, cuando sepa que mi voz se apaga y ya no represento nada para ninguno de estos pequeños...!

—Tranquilo, escudito, todo estará mejor mañana —le respondió ella.

Y mientras tanto, el pequeño Pablito que se acercaba impresionado por aquella voz tan hermosa y tan melancólica al mismo tiempo, lo tomó en sus brazos y con aquella ternura del que quiere sanar una herida le dijo:

—No te preocupes, amigo Escudito, volverás a vivir con tus colores y serás de ahora en adelante lo más importante para todos.

Y tomando sus lápices de colores pintó el amarillo, el azul y el rojo de su bandera y delineó delicadamente las hermosas plumas del cóndor y pintó de nuevo la granada, los barcos y el gorro frigio y como si

escribiera su propio nombre; retiñó sobre la cinta dorada su lema de Libertad y Orden, y cuando acabó, Escudito solo pudo gritar emocionado porque volvió a sentirse vivo de nuevo.

Y al día siguiente todos los niños emocionados veían en la pared el hermoso Escudito, lleno de vida y de amor como lo quería siempre su madre Colombia.

Ah, pero este no es el fin de este cuento, aquel Pablito, creció y se dedicó a enseñar a todos los niños que llegaban a ese gran lugar, la verdadera historia de Escudito y por qué todos los niños deben conocerlo y quererlo.

A través de la ventana

Lili Johana Giraldo David¹³

Ahora todo parece un sueño, aún recuerda cuando viajaba los domingos a visitar a sus abuelos o las salidas al parque de diversiones con sus padres, en ese momento no lo sabía pero ahora son sus recuerdos más preciados, nunca imaginó que una salida a escondidas con sus amigos terminaría por marcarla para siempre y que tendría que olvidar sus sueños de viajar por el mundo.

Martina nació en el seno de un hogar antioqueño, la última de cinco hermanos hombres, su madre, una ama de casa dedicada a las labores del hogar y su padre, un campesino que siempre trabajó duro para

¹³ Enfermera en Urgencias

darles lo mejor a su esposa e hijos. Siendo la niña de la casa siempre fue la consentida del hogar, sus hermanos trabajan para darle gusto en la ropa y muñecas que quería mientras su madre no la dejaba ayudar con los quehaceres de la casa porque ella tenía que ser la “profesional” de la familia. Su niñez transcurrió en la finca al lado de las vacas y gallinas, yendo al río a jugar con sus amigos y familiares y descalza por la pradera. Al llegar a la adolescencia sus padres decidieron que lo mejor era que estudiara en la gran ciudad en un colegio de monjas y de gran renombre para las señoritas de la época. Siendo egresada de éste, tenía asegurado un cupo en la universidad de la ciudad y sería de las primeras mujeres profesionales.

Estando en la ciudad celebró su fiesta de 15 años y por primera vez bailó con un chico que no fuera uno de sus hermanos o algún primo, era alto, desgarbado de cabello negro y ojos grandes de color café, tímido en su actuar pero siempre lograba sacarle una sonrisa. Con el permiso de sus padres y bajo supervisión de su tía materna, Alfredo la podría visitar los sábados en la sala de su casa y podrían salir sólo un domingo al mes cuando alguno de sus hermanos viajaran a la ciudad.

Todo iba muy bien hasta que conoció a Ingrid, una costeña de 20 años que vivía sola a un lado de su casa. Martina se dejó deslumbrar por su belleza, alegría e independencia, cada vez que salía temprano del colegio lo aprovechaba para ir a la casa de Ingrid para que le enseñara a bailar y fumar. Poco a poco fue cambiando su aspecto físico de niña al de una mujer divertida, usaba jeans de colores llamativos, en vez de tenis, tacones de princesa y las blusas más pegadas al cuerpo, su cabellera negra azabache permanecía suelta y rebelde.

Alfredo se ganó la confianza de la tía de Martina y sus padres, tanto que ya los dejaban solos en la sala de la casa, eso sí con la puerta de la calle abierta. Sorprendido por el cambio físico de su novia y cada vez más enamorado, mentía para que dejaran salir a Martina diciendo que iban a misa o a visitar a sus padres, pero estas salidas las aprovechaban para irse con Ingrid a conocer la ciudad, iban a las discotecas del centro a bailar, fumar y beber.

Un día Alfredo fue a buscar a Martina en el Renault 4 que un amigo le había prestado para que dieran un vuelton, buscaron a Ingrid y juntos se fueron

a conocer la autopista Medellín-Bogotá a las 10 de la noche. Como hacía tanto frío se compraron media de guaro y se fueron escuchando música y cantando sin poner mucha atención al camino. De pronto sintieron que todo daba vueltas. Martina, que iba de copiloto, sintió como su cuerpo iba por el aire dando vueltas hasta que por fin aterrizó en un prado verde, mojado y frío como en el que solía andar cuando era niña. No podía moverse y la brisa de la noche la llenó a tal punto que no sintió más dolor, sólo escuchaba el jadeo de su respiración y el llanto de un río que acaudalado sonaba estrepitosamente.

Martina entró en un sueño profundo después de haber llamado por mucho tiempo a su novio y amiga, se sintió cansada y sin fuerzas, aún no era capaz de moverse y no sentía sus piernas por el frío. Fue encontrada por los bomberos a la mañana siguiente, la llevaron al hospital más cercano donde le dieron la peor noticia de su vida. Por el accidente su columna había sufrido un gran daño y nunca más volvería a caminar. Al preguntar por Alfredo e Ingrid no obtuvo mejor respuesta. El carro fue encontrado en el caudal del río Cauca con sus cuerpos aún dentro, parecían

dormidos decía la noticia del periódico. Esto devastó a Martina, fue llevada nuevamente a la finca de sus padres donde ahora pasa los días viendo a los animales y sobrinos jugar desde su cama a través de la ventana.

La llamada

Sergio Andrés Aguirre¹⁴

Suena el teléfono una y otra vez.

—¿Quién puede ser a esta hora? —reniega desde su cama, entredormido, Javier, intentando levantarse. No alcanza el teléfono desde la cama y antes de ponerse en pie, este deja de sonar. Mira el reloj sobre la mesa de noche, son las 5:23 de la madrugada. La alarma está puesta para las 5:30 a.m., como todos los días, y Javier, un hombre robusto de 42 años, decide no dormir más pues ya es hora de levantarse, ducharse y salir a trabajar.

¹⁴ Químico Farmacéutico

“¿Quién será? Equivocado seguramente”, piensa, al ver el número en la pantalla de su celular. Es un número desconocido.

—Doctor, el paciente en lista no contesta —comenta la enfermera de trasplantes del turno de la noche. Se llama Raquel, está cansada y le duelen ya los pies, hinchados de tanto caminar entre unidades en esta agitada noche de mayo, 23 de mayo. Cómo olvidar esta fecha si cumple años y espera salir a las 6:00 a.m a encontrarse con su novio, Gustavo, quien le prometió varias sorpresas para este día.

Alejandro es el médico que llega al turno de la mañana. Será su primer trasplante y lo hará en compañía de los profesores que lo han visto todo el año anterior rotar por la unidad de trasplantes. Llega muy temprano a las 5 de la mañana para matar los nervios con café, y espera tener todo listo; repasa mentalmente todo lo que ha visto en su rotación. No presta mucha atención a lo que dice la enfermera Raquel sobre el paciente que no contesta y sigue repasando mentalmente los pasos del trasplante.

Javier sale a trabajar en su moto. Va rápido, como siempre, intentando romper su propio record en llegar al trabajo: 25 minutos la última vez. “Esta gente no sabe manejar”, piensa mientras esquivo entre los carros. Son las 6:08 a.m, ya hay bastantes vehículos en las calles, acelera y toma la autopista.

—Llámelo de nuevo, o a su acompañante. No hay tiempo que perder —ordena Alejandro a la enfermera.

“¿Pero por qué no contesta?”, piensa Raquel mientras escucha repicar el teléfono entre su hombro y su oído.

Javier no contesta. No hay más números a los cuales llamar. Es un hombre solitario y no ha dado nunca números de teléfonos de acompañantes.

Son las 6:15 a.m, Raquel se mira las ojeras en el espejo que saca de su bolsillo mientras marca de nuevo el número de Javier.

Gustavo frena el auto por el trancón que se formó repentinamente en la autopista, se baja.

Todo el mundo se está bajando de sus autos, se aglomeran entre los autos a mirar. Gustavo escucha

sonar un celular en el suelo, lo toma y contesta: ¿Aló, quién habla?

Raquel cree reconocer la voz de su interlocutor y pregunta con cierta duda:

—Buenos días, ¿con Javier?

—No, con Gustavo, ¿Javier? ¿Quién es Javier?

—Se corta la llamada.

Raquel guarda el espejo de nuevo en su bolsillo. Cuelga el teléfono confundida. Gustavo no llegará a tiempo a recogerla, Alejandro continúa repasando en la oficina. Ella vuelve a marcar el número de Javier mientras piensa que son ya 38 años los que cumple y que esas ojeras tan marcadas tal vez ya no se le van a quitar.

Cuentos participantes
Categoría adultos
Concurso de 2021

El guayacán azul

Juan Pablo Betancur Bolívar¹⁵

Un guayacán azul portentoso creció, maduró y ahora es el más alto de todos; siempre mira por encima de la rama a los demás árboles, y se vanagloría cuando los carros que pasan y se detienen a mirarlo; él vive por él y para él.

El viento furioso por el egoísmo del Guayacán, pues El Gran Azul, en medio de su egoísmo no dejaba que cayera ni una sola de sus flores, para que en la libertad que solo la brisa puede ofrecer, volaran y recorrieran tantos lugares como el Viento quería que conocieran.

¹⁵ Diseñador Gráfico y Audiovisual

Por eso, soplaba y soplaba con furia contra El Guayacán, que se sujetaba a sus ramas y se negaba a dejar partir sus hojas y flores para que otras nuevas crecieran. Mientras los demás árboles, disfrutaban ver emerger sus nuevas hojas como una flor disfruta del rocío en los veranos más calurosos.

En la orilla de las calles, las hojas cafés ya caídas y hasta bien oscuras por la falta de aire que la revuelta ocasionada por El Señor Viento cuando ellas fueron soltadas; ya en el piso solo miraban con nostalgia las hojas que no caían, las rocas brusas les hacían compañía durante la noche y conversaban entre ellas.

Nadie se detenía a mirarlas y a escuchar las historias que tenían al vivir en las alturas, más bien era una hazaña llegar a la orilla, los carros pasaban sin piedad, carros es para hojas, lo que el viento es para el Azul.

El viento no se cansó y zambulló contra el Azul que le robaba el aire que no merecía y después de décadas de intentos una flor azul se rompe, se fue, cae

al pavimento, las otras hojas y flores la reciben con felicidad en el suelo.

El Gran Guayacán con sorpresa ve como otra hoja crece en su lugar, y su energía y fortaleza se renueva.

Él soltó tantas flores que inundó las calles, tanto así que por fin los carros se detenían a escuchar las historias de las flores y hojas caídas y libres.

La pinza

Sergio Andrés Aguirre¹⁶

Hoy parece más cansada. El aire que entra por la ventanilla del bus le desacomoda el pelo y ella, con desgano, lo recoge suavemente y lo sujeta con una pinza. Viste más blanco que las otras enfermeras.

Me estremezco de pensar que viajo solo a dos puestos de ella.

Para ella solo existe en este momento su celular, su bolso y su pinza. Para mí, ella.

Como si recordara algo oculto a mi vista, libera de nuevo su pelo y acomoda con sus dedos un peinado improvisado. Se apresura a verificar que guarda todo en su bolso.

¹⁶ Químico Farmacéutico

Estoy seguro que en ese bolso, a su pequeña pinza,
va aferrada entera el alma mía.

La sonrisa de la Mona Lisa

Gabriela Alfonso García¹⁷

Carla caminaba por las calles de su pueblo, el pueblo donde creció, donde estudio, donde hizo tantas cosas por primera vez, ese pueblo que era tan suyo pero ahora era de otros, las calles le parecían desconocidas, sus amigos ya no vivían allí pues al igual que ella se habían marchado a la ciudad.

Cuando era pequeña su pueblo le parecía mágico, habían muchos árboles, flores y animales de diferentes especies, colores y formas, ahora solo habían edificios enormes y personas con ojos sin vida al igual que ella. Ella pensó que regresando a su pueblo iba a volver a sentir alegría pero al contrario se sintió más sola, más

¹⁷ Enfermera en Hospitalización Pediatría

triste, más desierta. Entendió que todo había cambiado al igual que ella, pues ya no era la niña que sonreía al ver el sol, la luna y las estrellas, ahora era una mujer que cuestionaba todo en su vida y que nada la satisfacía por completo. Sus padres fallecieron cuando era una adolescente, lo que la obligó a mudarse con su tía Antonia a la ciudad, tantos cambios en tan poco tiempo hicieron que su cerebro se colapsara y empezó a olvidar como era sonreír, por más que intentaba no se sentía capaz de hacerlo e incluso había olvidado los sentimientos que tenía cuando lo hacía.

Le encantaba el arte pero odiaba lo que Leonardo Da Vinci le había hecho a la Mona Lisa, ella creía que la mujer del retrato era como ella, una mujer incapaz de sonreír y que Leonardo había encajado en su rostro esa sonrisa porque creía que así se vería mejor su pintura.

“Lo más irónico es que la pintura es más reconocida en el mundo por esa sonrisa que se ve tan falsa que por la dama que la lleva,” replicaba ella cuando hablaban de la obra.

En busca de su sonrisa, volvió al lugar donde recuerda haber sonreído por última vez. Se sentó en

una banca del parque principal de su adorado pueblo recordando a su padre sentándose a su lado, acariciándole sus rizos y dándole besitos en la frente causándole risas furtivas. Por sus mejillas corrían lágrimas al recordarlo mientras su sonrisa continuaba extraviada en algún lugar.

Pasó varios días en un hostel de su pueblo, sintiéndose forastera en las calles que la vieron crecer. Sentía angustia, sentía dolor y un miedo irracional porque creía que había perdido la última esperanza que le quedaba, pensaba que ya no había vuelta atrás, que así sería su vida por siempre, que nunca volvería a sonreír.

En su última noche en el pueblo lloró desconsoladamente hasta por fin quedarse dormida, lo único que había en su pensamiento era que deseaba tener una sonrisa tan hermosa que las personas al recordarla siempre resaltarán esta característica de ella. Al abrir los ojos se halló inmóvil, ni siquiera podía parpadear y veía mucha luz, escuchaba demasiado ruido, no reconocía el lugar donde se encontraba hasta que vio a dos personas acercándose cautelosamente, observándola

con gran admiración, cuando de repente uno de ellos dijo:

—Esta es la obra más reconocida de Leonardo Da Vinci, es imposible olvidar la sonrisa de la Mona Lisa.

Las siete vidas de Leo

Lili Johana Giraldo David¹⁸

Popularmente se dice mucho acerca de la conexión y protección que tienen los gatos con sus humanos, esta es la historia de Leo, un gato que siempre se sintió especial y fuera de lo común, en sus 6 vidas había tenido muchas aventuras pero sentía en su corazón que aún le faltaba conocer esa persona con la cual sería completamente feliz y con la que tenía una misión especial; al final de sus vidas siempre tenía la misma conversación con la muerte, pues cada vez tenía una oportunidad menos para sentirse amado y completamente satisfecho con su deber como animal de compañía.

¹⁸ Enfermera en Urgencias

Había experimentado muchas emociones. Fue adorado en el viejo Egipto como un dios. Acompañó en la hoguera a la mujer que lo había alimentado por 2 años durante la inquisición en Roma. Murió de hambre en la Segunda Guerra Mundial caminando sobre los cadáveres que quedaban a un lado del camino. Sacrificó su cuarta vida para salvar a los bebés de la familia que lo alimentaba y que morirían en un incendio en la vieja Venecia. Fue ahogado en las aguas frías y contaminadas del río Salween antes de recibir el abrazo de su madre, para que su pequeño cuerpo inerte sirviera de comida a los pocos peces que allí existían. Perteneció a una familia de gatos ferales que luchaban diariamente por la comida y territorio en los campos de la montaña de Choquequirao. En esta vida pudo tener descendencia y liderar por corto tiempo su manada hasta que quedó atrapado mientras perseguía a su presa y tuvo que morir de frío en una larga noche.

Ya sentía su alma cansada y sabía que ahora le quedaba sólo una oportunidad para cumplir con lo que su corazón le dictaba y que sentía que en sus 6 vidas anteriores no había logrado. Para su última vida, Leo nació siendo el tercero de la camada, su madre, una

gata callejera había conseguido refugio en una caja de cartón y allí pudo pasar los primeros veinte días de manera tranquila, para el día veintiuno su madre no regresó y se las tuvo que arreglar para sobrevivir en la calle, ya habían pasado meses desde que había visto a sus hermanos, se sentía enfermo y sin ganas de buscar alimento, estaba a punto de rendirse y dejar de respirar. En ese momento sintió unas manos frías que abrigaron su enflaquecido cuerpo y lo metieron en un cajón oscuro, creyó que sería su fin y sólo se dejó ir, no hubo sueños, sólo una pequeña molestía al recibir pinchazos y sentir el agua tibia en su cuerpo. Cuando abrió los ojos se encontró con la mirada de la mujer que sabía había estado esperando, ella estaba abrazándolo, dándole abrigo y tratando de alimentarlo. Leo quería corresponder ese amor y dedicación pero aún se sentía débil. Los días pasaron y ese gato que ella había recogido al borde de la muerte mostraba sus primeros indicios de vida. Ya comía solo y usaba la arena, estaba interactuando con sus otros animales y aprovechaba cuando se dormía para acostarse encima de ella y cuidar sus sueños. Pronto tendría que ir a trabajar de nuevo y lo único que le preocupaba era que Leo no

alcanzara a recuperarse del todo y fuera seguro dejarlo solo; pues desde que lo había rescatado sentía en su corazón una conexión especial y una paz que no había sentido en mucho tiempo.

Ese día se levantó más temprano de lo normal, dejó todo dispuesto para que a su nuevo amigo no le faltara nada mientras ella no estaba. Estuvo pendiente de las cámaras, que su animalito sí comiera y bebiera agua, que usara a la arena. Siendo las 6 de la tarde, Leo se acostó en la cama de aquella humana que lo había cuidado y sanado con tanto amor. Tuvo un sueño con la muerte. Ella le decía que pronto su amiga tendría un accidente y no la volvería a ver. Él, muy decidido le pidió que tomara su última vida a cambio de protegerla de ella, para que siguiera con su misión de salvar animales y darles amor como a él. La muerte aceptó el trato.

En ese momento llegó su amiga a saludarlo a la cama, sus ojos vidriosos y cansados se encontraron con los de ella, y aunque estaba feliz por su sacrificio sabía que era la despedida y no logró contener las lágrimas que corrieron por su rostro. Ella no sabía qué pasaba pero de algo estaba segura y es que su animalito se

estaba despidiendo. Es así que lo cogió en su regazo, le acarició su carita y lomo hasta que éste dejó de respirar en un profundo y silencioso sueño.

Inolvidables

Liliana María Restrepo Mejía¹⁹

Mis mejores vacaciones siempre fueron con el abuelo, eran en una casucha vieja en área rural de uno de tantos municipios Antioqueños. Aunque no había luz, los mejores recuerdos de mi adolescencia (y creo que de mi vida) son los días que compartí con él.

En una ocasión, luego de un buen juego de cartas, me preguntó si había visto dormir a las gallinas. Me hizo señas para que lo siguiera sin hacer ruido y me llevó detrás de la casa, donde había un árbol grande de ramas bajas, muy frondoso. Al llegar a cierto punto, me recordó de nuevo que estuviera callada y nos sentamos en el piso de madera a ver juntos como poco

¹⁹ Médica Auditora en Interventoría

a poco iban llegando las gallinas a subirse al árbol, se acomodaban y cerraban los ojos para dormir. Fue muy bonito.

Una mañana muy temprano pidió un cassette en blanco para grabar (era 1990 aproximadamente). No entendimos qué pretendía pero le conseguimos uno. No dejaba hablar a nadie, todos teníamos que hacer silencio... Cuando vi que hacía, entendí. Le dio por grabar a unos pájaros que estaban cantando cerca. Él les mantenía maderos con banano o naranja para cebarlos. Pensaba que si luego ponía esa grabación, más pájaros vendrían a cantar. Algunos lo molestaron y fueron incrédulos pero para asombro de todos, la técnica funcionó y ya era normal ver la grabadora colgando en un clavo con la grabación del abuelo para sus pájaros.

Una tarde luego de almorzar, me dijo que ya no seguirían con el tanque de tilapias que tenían frente a la casa, que había que dejarlo vacío. Supuse que iban a sacar los pescados que quedaban con una red o una malla, cuando lo vi con 2 varas de pescar en la mano y una sonrisa. Entendí el plan. Nos pasamos mucho rato compitiendo por sacar la mayor cantidad de tilapias

antes de que se nos fuera la luz del día y nos llamaran a comer. Fue genial pescar juntos y luego reírnos contando para ver quién había ganado.

Otro día, otra aventura... Apenas comenzaba la tarde, el abuelo y yo estábamos leyendo en el corredor cuando me preguntó si quería acompañarlo “a una investigación”. Me encantaba su forma de lograr que yo me involucrara como una niña en sus cosas. Sin dudar, cerré el libro y nos pusimos en marcha. Yo ni siquiera pregunté qué íbamos a hacer o para dónde nos dirigíamos, con él todo era genial, sabía que sería divertido descubrir en qué me iba a meter esta vez.

Caminamos entre pastizales y potreros, se detenía ocasionalmente a mostrarme un azulejo o un turpial que se había parado a cantar desde una cerca, a señalarme un bonito ganado pastando o una flor nueva. Así era el abuelo. Llegamos a una colina, se agachó y se puso a mirar en el suelo. Lo observé intrigada, ¿qué estaba buscando? Solo se sonrió y me dijo que las siguiera... no entendí, pero al voltear hacia la manga descubrí pequeños caminos hechos por cientos de hormigas en su ir y venir llevando pedacitos de hojas en su espalda. Mi abuelo pretendía seguirlas para

encontrar el hormiguero y evitar que siguieran comiéndose su mandarina. Al seguir las, descubrimos que eran muchos los caminos que conducían a las hormigas al árbol y que no serían fáciles de erradicar. Cabizbajo, viendo que ya iba a atardecer, me sugirió que regresáramos, luego pensaría en algo que hacer al respecto. (Hasta donde sé, esas hormigas aún se comen su árbol).

Tuvimos muchas aventuras más y aunque ya no está aquí, guardo con gran cariño y añoranza, las inolvidables vacaciones con el abuelo.

Alivio

Cristian Arbey Jaramillo Posada²⁰

La sonrisa del anciano, marcó el raro vínculo con el aprendiz de medicina. Desde su llegada al hospital, entendió que la experiencia por venir no iba a diluirse en el común del vertiginoso ritmo laboral al que se estaba acostumbrando el estudiante.

Al llegar, el anciano se mostró simpático, conversador y para nada proyectaba el delicado estado de salud que encubría su jocosidad. Al ingresarlo a la habitación, pidió que su inseparable baúl estuviera al lado de la cabecera de su cama. Conservarlo había sido la única condición para renunciar a la terquedad de ser llevado al hospital. El riguroso protocolo clínico de la

²⁰ Analista Informática en Salud

institución, tuvo su final con el abandono de los asistenciales que dieron la espalda al octogenario personaje, cuando ya poseían el soporte de sus registros. Solo el aprendiz permaneció en el solemne blanco del recinto haciendo culto a su curiosidad... absorto con el baúl. El gentil anciano sonriendo vio la oportunidad de hacerse a una última experiencia y directamente le dijo al futuro médico; que si quería saber del contenido de su valija debería prometer acompañarlo hasta el final de su estancia que, según él, no iba a ser por muchos días. El dubitativo estudiante lo reflexionó un poco, pero al final aceptó sólo para invocar la tranquilidad de su mente y así retirarse.

Los cansados ojos se llenaron de asombro y se iluminaron al ver el aprendiz de regreso el día siguiente. Sin perder tiempo le pidió que abriera la antigua caja y le ayudara a borrar sus pasos. Esta vez fueron los ojos del aprendiz los que se iluminaron. Un cronológico arrume de fotos, planos, pinturas, cartas y discos de vinilo estaban custodiados por un antiguo título de ingeniero civil adosado en la tapa interna del baúl. Y el asombro de la mirada del estudiante encontró refugio con la mirada del anciano que dio inicio a un viaje al

pasado con las memorias que serían narradas por última vez.

La ansiedad se volvió la compañera del aprendiz que día a día terminaba presuroso sus deberes para volver con el anciano y seguir experimentando con ojos ajenos, la admirable vida de ese ser que estaba a su cuidado.

Las historias de logros personales, creatividad, amores y nostalgias, solo eran interrumpidas por los dolores que congelaban al anciano en un espasmo de sufrimiento que era calmado acuciosamente con la regulación del medicamento paliativo, sumado al humano tacto del joven que le tomaba las manos al anciano hasta ver que este se sentía mucho mejor.

Una natural sincronía se fue manifestando a medida que fueron disminuyendo los tesoros del cofre y paralelamente se fueron abreviando las historias como la salud del anciano. El aprendiz de medicina cumplió con su promesa. Allí se encontraban en la habitación del hospital en mutua compañía. Le tomaba la mano observando la fragilidad de su humanidad ya gastada. Estaba dormido con una expresión impasible,

pero no había sido así durante los siete días transcurridos de la extraña génesis que los vinculaba.

Rebelde a las normas de la institución, el joven aprendiz cuidadosamente pegó en las paredes las valiosas posesiones del anciano para luego volver a acompañarlo en su proceso de partida. Sorprendentemente el anciano abrió los ojos a medio ocaso y fatigosamente recorrió el vivido mosaico de su existencia adherido en la habitación. Miró al aprendiz y con una débil sonrisa expiró diciéndole gracias.

El aprendiz besándole la mano agradeció igualmente por las historias de vida compartidas y por la lección profesional prematuramente aprendida... A veces no se trata de curar, sino de dar alivio.

¡Y partieron!
Catalina Agudelo²¹

Encontré el rastro vacío de nuestra casa. Oh, sorpresa me llevé al encontrar cajones y zapateros vacíos, solo un poco de ropa sucia olvidada en la lavadora. ¿Qué pasó? Pensaba rápidamente mi mente y recordaba nuestras conversaciones mis reclamos de porque le escribías a aquella chica, porque sonreías cuando estabas frente al celular, mi mente se llenaba de tantos recuerdos, de paseos en familia con mis padres, con tus hijos, con mis hijos, con nuestros gatunos, de los paseos a San Pedro para conseguir mis suculentas y ver crecer nuestra colección de plantas. Y seguía pensando, ¿volverá?

²¹ Auxiliar Informática en Salud

Continúe recorriendo la casa en busca de una nota, una explicación, de pronto un silencio invadió mi mente, invadió la casa... ¡algo más importante faltaba!

Tito, ese gato negro como la noche, con sus grandes bigotes, su pelo brillante, travieso, juguetón, pero muy tierno cuando dormía en mi almohada las noches que tú no estabas en casa. Ese que recogimos juntos de la calle, que alimentamos y era nuestro hijo gatuno, porque tu tenías tus hijos, yo el mío, y él era nuestro hijo gatuno. No estaba en casa, su cobija, sus pelotas, sus hilos, ya no estaban. Y de nuevo pensé.... ¿Volverán?

Esa noche fue más fría y helada que todas las otras. Escuchaba desde mi ventana el rugir del viento y ese silencio que invadía cada neurona de mi mente. Me invadía la soledad y las lágrimas de mis cansados ojos. Ya no sentía que mi piel ardía por el sol que tomé en mi paseo ni lo feliz que la pase aquella noche anterior. Reí, bailé, brinqué, bebí, comí como nunca. Estaba plena, no pensaba en nada, nada más pasaba por mi mente que estaba muy feliz sin responsabilidades, sin tener que dar explicaciones, sin pensar en mi gatuno ni

en ti. Que rápido nos cambia la vida ya no estabas tú,
ya no estaba Tito...

Y esa noche en mi ventana miraba a los lejos, dos
pequeños cuerpos a oscuras con su maleta a espaldas y
su acompañante, caminaban lentamente sin mirar atrás.

El cronista vulgar

Carlos Alberto Carvajal Mojica²²

Eran días extraños en aquel país de historias inconclusas, de sueños amputados y de vidas difíciles. El salario mínimo de los trabajadores era cada vez más justo, el desempleo crecía tanto como el costo de vida, la brecha social se hacía cada vez más grande y la posibilidad de acceder a educación y salud de buena calidad, se hacía cada vez más dificultosa. A pesar de eso, la gente sonreía, la gente planeaba y soñaba, la gente vivía e intentaba aferrarse a una realidad utópica para seguir adelante.

Yo no era ajeno a esa realidad, mi familia había sido diezmada tempranamente por la violencia y la

²² Médico Intensivista

enfermedad, no había terminado la universidad y tampoco había podido llevar a feliz término ninguna relación sentimental. Mis amigos se habían ido desapareciendo de mi “chat” vital y yo me encontraba solo, extraordinariamente solo, inmerso en un aislamiento social al cual me había acostumbrado.

Trabajaba desde hace algunos años en el centro de la ciudad, era vendedor ambulante, vendedor de cosas innecesarias, vendedor de risas para los pequeños. Vagaba día a día por esas calles llenas de miseria y abandono, mientras mis ojos, como cámara de video, recolectaban historias. Escribía un diario de la cotidianidad, y contaba historias, historias difíciles, historias agudas, historias de dolor y tragedia.

Allí estaba, caminando entre la multitud por el centro de la ciudad, en medio de un millar de personas, zombis del dinero y esclavos de las cosas materiales. Era un día como cualquier otro, no obstante, me había despertado más temprano y había llegado a las calles adelantándome al sol. Empecé a trabajar temprano y no había transcurrido ni media mañana, cuando apareció al final de una larga callejuela, entre el sollozo de una esposa tras el partir de su pareja y el tintinear de unas

cuantas monedas en un baño público, esa mágica luz que cegó por un segundo mi realidad e inundó por una eternidad mi corazón de esperanza y felicidad. Y allí estaba, atónito ante ella, ansioso por hablarle, por conocerla, por emprender el caminar a su lado.

Nos conocimos lentamente, los días transcurrieron en medio de la rutina, una rutina que ahora aparecía enmarcada en el amor. En medio de tantas tragedias diarias, me enamoré perdidamente, quería verla en todo momento, acariciarla, abrazarla y besarla. Mi corazón se abatía en un galope interminable al verla desfilar. Su mirada alegre y su mágica sonrisa me enloquecían día a día, minuto a minuto, segundo a segundo, no lograba concentrarme. Ella aparecía como una imagen tatuada en mi mente, como un aroma impregnado en mis sentidos, como una melodía que hacía vibrar mis huesecillos del oído.

Con ella como combustible, sigo trabajando en las calles y sigo escribiendo historias, pero ahora las historias cambiaron su tinte, siguen siendo de otros para muchos y más para pocos, pero ahora hacen soñar, arrancan el estrés y llena de risas a los transeúntes. Ahora son historias que por un minuto nos hacen

olvidar esos días extraños, esos sueños amputados y esas vidas difíciles, nos arrancan el sinsabor del salario, el costo de la vida, la brecha social y la falta de oportunidades, son historias de un cronista vulgar transformado por el amor.

Réquiem de amor
Alfonso López Ortega²³

Vino a su terruño después de agobiantes años de ausencia a esculcar dentro del baúl de los recuerdos los pasos perdidos de su primer amor. Las calles todavía aferradas por conservar su sabor añejo le habían negado al desgastado tiempo los sitios repletos de nostalgia donde tantas repetidas veces habían compartido el más puro idilio en ropajes de ternura.

Indagando por quien en la primavera de sus años había dejado con el corazón compungido ante la absurda separación impuesta por las ignorantes costumbres de los secretos rituales del amor.

²³ Familiar de Eliana López Barón, Médica Pediatra Subespecialista en Cuidado Crítico Pediátrico

Las rosas, cartas y fotografías en desafiante carrera contra el tiempo eran los testimonios de una eternidad concebida en la sinrazón del enamoramiento.

Extraviado en la búsqueda de un mínimo indicio que diera cuenta sobre el rumbo que habría elegido su amada, la creyó envuelta en otros laberintos del querer.

Más el destino sacramentado compromiso, lo sorprendió frente a las puertas del Camposanto hasta exprimir el deletreo borroso por la herrumbre del espacio en calendarios y jeroglíficos desdibujados sobre túmulos y mausoleos.

Agotado el límite de su tristeza, evocando demencial oración de sacrificio, se desvaneció frente a la resquebrajada lápida del dolor con la intensidad del recuerdo que nunca intentó desterrar de su torturado corazón.

HISTORIAS

Con

ALMA

En el Hospital Pablo Tobón Uribe se viene realizando un concurso de cuento anualmente desde principios de la década del 2000. Sin embargo, esta es la primera vez que se han publicado las historias escritas por colaboradores y sus familiares. La intención con esta publicación es que las palabras no se pierdan, que no queden escondidas en archivos privados, y en el baúl del olvido.

Porque en las palabras se refleja el alma del autor. Las palabras se tejen en frases, las frases se unen para dar luz a imágenes, y las imágenes se entrelazan para contar historias. En estas historias están vertidas las aspiraciones, sueños, valores, actitudes y creencias de quienes han dejado volar su imaginación.

Hospital Pablo Tobón Uribe, 2022

